

Palabras del Profesorado de Historia
en conmemoración de la Revolución de Independencia
ISP N° 8 – Santa Fe – 25 de mayo de 2022

El 25 recordamos un aniversario más de la Revolución de Mayo. En el calendario cívico de Argentina no es una fecha menor. Durante toda nuestra escolaridad, crecemos festejando “el nacimiento de la patria”, asociado con la noción de libertad e independencia. Nos olvidamos un poco más de la idea de revolución, y si bien damos cuenta de algunos de sus logros y exaltamos sus personalidades, también ocultamos varias de sus acciones más nobles, olvidamos a unos cuantos de sus protagonistas, naturalizamos sus moderaciones y simplificamos sus debates. La revolución iniciada en 1810 ha sido recordada para pensar una problemática presente en generaciones de hombres y mujeres de este país: la formación de la nación argentina y la consolidación de una forma de identidad colectiva por sobre otras.

La producción de discursos sobre *la nación* fue una preocupación de amplios sectores políticos, a lo largo de dos siglos, aquejados por distintas problemáticas vinculadas a las fisuras en la integración de la sociedad y por tanto al conflicto social. A diferencia del concepto de nación, *la revolución* en tanto transformación profunda del orden social, abolición de formas injustas de distribución de la riqueza o supresión de gobiernos opresivos e ilegítimos, ha sido una categoría mucho menos mencionada en los discursos cívicos, interesados muchas veces en no difundir sus profundas implicancias. Como ejemplo, baste mencionar su reemplazo por la conservadora expresión “gesta de mayo”, hábil ocultadora de cualquier radicalidad política con apoyo popular.

La revolución rioplatense estableció un nuevo orden político y una nueva legitimidad política en torno a un vocabulario armado sobre la noción de soberanía popular, nació dentro de -y profundizó- una situación regional e internacional de guerra, y se inscribió en un contexto de expansión del capitalismo. La coyuntura política de la guerra entre la España borbónica y la Francia napoleónica que se desarrolló entre 1808 y 1814 marca las etapas del proceso revolucionario local. La derrota franco-española frente a Inglaterra en la batalla de Trafalgar en 1805, las invasiones inglesas a Buenos Aires y Montevideo en 1806 y 1807, la acción de las milicias criollas y el cabildo porteño en la Reconquista de la ciudad, y el desprestigio de la autoridad virreinal sumaron como contexto local a la crisis de la monarquía española una vez

que el ejército napoleónico cruzó los Pirineos y desplazó a los Borbones locales. Sobrevino la prisión de Fernando VII en la península, la sucesión de Juntas en España y América defensoras del principio de retroversión de la soberanía, y el reformismo liberal español que culminó en la Constitución de Cádiz de 1812 y en la acción –para octubre de ese año— de la Logia Lautaro para instaurar el Segundo Triunvirato. La llegada de la noticia de la caída de toda la Península en manos francesas y de la total acefalía política, llevó a algunas ciudades americanas a tomar la idea de “retroversión de la soberanía a los pueblos” para formar juntas de gobierno que reemplazaran el poder real. Eso fue también lo que ocurrió en la capital del Virreinato del Río de la Plata en mayo de 1810. El primer objetivo de los revolucionarios de 1810 fue el autogobierno, en principio dentro de la monarquía y hasta que retornara el rey prisionero. Esa posición inicial iría dando paso rápidamente a un proyecto más ambicioso, de cambio político y social, al menos en las proclamas y acciones de algunos de sus hombres. Más tarde, la restauración absolutista en la península luego de la caída de Napoleón, y sus medidas represivas frente a lo que en las colonias había sido algo más que un provisorio ejercicio de la soberanía del rey cautivo, condujo al debate acerca de la declaración de ruptura de lazos políticos con España. Curiosamente fue en el marco de esa restauración de los grupos reaccionarios y monárquicos europeos, y de la derrota de los revolucionarios de otras partes de América, en que se produjo la declaración formal de independencia. A ella la dictó un Congreso reunido en Tucumán en 1816, de composición notoriamente más conservadora que la más rupturista Asamblea del año XIII, y en el cual estuvieron representadas ciudades que no forman hoy parte de Argentina y no lo estuvieron otras del Litoral que participaban de un proyecto político alternativo: el de los Pueblos Libres bajo el liderazgo de Artigas.

Los años de la década de 1810 introdujeron modificaciones decisivas en el Río de la Plata. Hubo una “sociedad militarizada”, no solo de varones sino también de mujeres y niños, que vieron transformadas sus vidas, organización familiar, actividades productivas y formas de consumo a partir de la generalización de la guerra, que permitió el acceso a la política de las poblaciones rurales. Luego de la revolución se formaron cuatro nuevas configuraciones “nacionales” en lo que había sido el Virreinato del Río de la Plata: las Provincias Unidas, que en 1826 adoptarían el nombre de República Argentina, Paraguay, Bolivia y Uruguay (aunque la construcción de los respectivos estados nacionales sería lenta). Se transformó la vida política y los espacios y formas de participación social adoptando formas más conflictivas y

multiclasistas, con activismo de varones y mujeres; se vieron afectadas en más de un caso las relaciones sociales y las jerarquías al cuestionarse la servidumbre y la esclavitud; se produjeron notables cambios económicos visibles en apenas unos quince años; cambiaron los rasgos culturales y las antiguas preeminencias ideológicas –especialmente las regalistas, pero también las religiosas-. Como afirma Gabriel Di Meglio, la revolución transformó la vida de quienes la protagonizaron, defendieron y padecieron; nada volvería a ser igual.

En el ámbito de nuestro Instituto de Profesorado, recordar la fecha del 25 de mayo no nos lleva a cristalizar personajes y declaraciones, sino a estudiar los conflictos ideológicos y sociales que atravesaron la historia de nuestro país viendo sus alcances y sus deudas. Porque para sentirnos parte de ella precisamos de un relato que nos incluya, nos eslabone con generaciones pasadas, nos haga herederos de unas experiencias y unas luchas, y nos permita visualizar cómo dentro de todo presente histórico se cierran y se abren posibilidades de emancipación.